

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 48.

Alicante 21 de Octubre de 1871.

Año II.

LA INTERNACIONAL

en sus relaciones con la sociedad, con la moral y con la religion.

V.

Continuando nuestras tareas sobre el estudio de este malaventurado engendro de cabezas dislocadas, vamos siguiendo sus pasos por todas partes á donde nuestra vista pueda llegar, y examinando sus diferentes tendencias y el objeto particular que cada dia y en cada localidad se propone desenvolver.

Sus odios contra toda religion son conocidos, pero muy particular y directamente contra el catolicismo; lo cual se explica facilmente, y es meneste pronerlo al alcance de todo el mundo. La *Internacional* necesita hacer prosélitos, captarse voluntades, arrastrar tras sí á muchas gentes, para llevar á cabo la insensata resolucion que proyecta, trastornando los cimientos del órden social, y para esto le es preciso halagar las pasiones de muchos, en especial de aquellos que pueden esperar que mejore su posicion precaria con un trastorno radical.

Hé aquí por qué la *Internacional* se esfuerza tanto en poner de su parte á la gente proletaria, haciéndola creer que va á cambiar súbitamente de posicion, llegando á obtener por ensalmo bienes y comodidades, para cuya consecucion ha sido siempre necesario emplear largas vigiliias, multiplicados trabajos y no escasos capitales á lás veces. Por esto la *Internacional* repite con frecuencia sus reuniones y manifestaciones en varios puntos del extranjero, como queriendo darse á conocer de todos y como queriendo imponerse á todos. Por esto nos creemos en el deber de seguir sus pasos, descubrir sus huellas, y darla á conocer allí donde la encontremos. No es cosa de dejarnos sorprender incautamente, y que en el momento menos pensado nos veamos envueltos entre el polvo y los escombros de la sociedad que se derrumbe.

La *Internacional* saca la cabeza por varias partes y elige puntos notables para celebrar sus reuniones. Hace poco le ha tocado el turno á Lausanne, en Suiza; sobre cuya reunion hablan las correspondencias católicas de aquel pais, y nos-

otros no podemos dejar de ocuparnos de los acuerdos tomados allí, por lo que contribuyen á demostrar el fin que nos hemos propuesto, esto es, los planes trastornadores y altamente disolventes de aquella tenebrosa asociacion.

Aquella ciudad, en la que acaba de celebrarse un congreso demagógico, dice una correspondencia, que era la Atenas del protestantismo, va á convertirse en la Babilonia de la *Internacional*.

Lausanne, bajo el punto de vista de la doctrina moral, social y política, va ya teniendo historia para el pueblo francés, historia de la que podemos nosotros sacar lecciones para aplicar á nuestro país. En efecto, en Lausanne escribió el conde De Maistre sus *Consideraciones sobre Francia*, que son el preservativo contra las doctrinas perniciosas en el orden religioso y social; Saint Beuve, el ateo, comenzó su obra sobre *Port-Royal*, que, como panegírico del jansenismo, solo puede considerarse como la escala que conduce á la *Commune*.

Ahora los internacionalistas congregados en Lausanne se olvidan, como es natural, de las *Consideraciones* de De Maistre, que son la vida, para pensar solo en las últimas consecuencias del jansenismo de Saint-Beuve, que son la muerte. Los acuerdos de los internacionalistas están todos entre estos dos polos: la moral católica, de la cual se huye; la moral atea, hácia la cual se corre. Tal es la diferencia

que existe entre el conde de Maistre y Mr. Saint-Beuve, y la distancia que separa á la paz y la riqueza de la perturbacion y el petróleo.

Cuando Saint-Beuve, refutando á De Maistre porque creia, se esforzaba por propagar la fe de la negacion y la moral del sensualismo y el egoismo, no veia que, como confesaba el mismo Voltaire, cuando la fe y la esperanza no enfrenan, consolándola, á la pobreza, los pobres, dejándose arrastrar por la desesperacion, se entregan á todo linaje de excesos.

El hombre de fe nunca se desespera, porque jamás es desgraciado. Mientras la fe exista, no hay pobreza posible, porque la fe es la caridad que no consiente la miseria, y la esperanza que excluye toda tristeza. Los filósofos, pues, que se empeñan en resolver el gran problema social prescindiendo y aun combatiendo la fe, pierden de vista que proceden como quien se obstina en apagar el incendio arrojando pólvora sobre las llamas.

¿Hay medio de lograr que todos los hombres sean ricos? No. ¿Cómo, pues, se evita que los hombres en la inmensa mayoría sean pobres? De ninguna manera. Y si por fuerza ha de haber pobres, ¿cómo se consigue que la pobreza no lleve á la desesperacion y arrastre al crimen? Si no hay fe que llene de esperanza el corazon del pobre, ¿qué será de la sociedad? Si el pobre no cree ni teme, si no conoce mas ley que la de la fuerza, ¿qué ha de ha-

cer cuando los pobres se cuenten, y vean que son la fuerza porque son el mayor número?

Esta es la gran fuerza de la *Internacional*. Halaga á gentes desgraciadas, que solo piensan en ver cómo se libran de su desgracia, y no meditan siquiera en que los halagos que se les hacen son venenosos, como la saliva del escorpion que comienza lamiendo suavemente para concluir matando de dolor.

Si las clases pobres fuesen algo cautas y pidiesen garantías á los ambiciosos que las engañan y explotan, no habria nada que temer, porque los socialistas ó internacionalistas que andan siempre prometiéndolo remedio de todos los males sociales, son como los charlatanes, que atolondran los oídos con sus específicos para que no haya más tos ó para que se extermine la tisis. Pero como la desesperacion no raciocina, el pobre, que pierde la fe y se ve despojado del consuelo de la esperanza, solo medita en que sufre y en que le hablan de una medicina para su sufrimiento. Será buena ó mala; pero la toma, porque, como no cree, como ya no teme, para él nada puede haber peor que el suplicio del hambre y la miseria.

Por esto, cuando las clases acomodadas con su ejemplo y su doctrina predicán la incredulidad y el sensualismo, sin advertirlo arrojan por los balcones las llaves de sus cofres y los títulos de su propiedad. Sin respeto al orden sobrenatural,

sin miedo á la eterna justicia de Dios, no hay resignacion en el pobre ni seguridad en el rico.

El mundo no quiere ver, no quiere comprender esto. ¡Es que aun no han arrojado bastante claridad las espantosas llamas del petróleo!

El brazo no es mas que el instrumento. El mal no está en la mano que ejecuta, sino en la inteligencia que dirige y prepara. La propiedad es una fortaleza rodeada de dobles muros y poderosos reductos exteriores. Los reductos exteriores son la justicia, el Decálogo, el temor á Dios; alturas desde las cuales la ciudad se defiende y el enemigo se aleja. Pero si falta la Religion, si estas alturas se abandonan, el enemigo las ocupa, el cerco se estrecha, los muros interiores, que son las leyes civiles, quedan dominados, y... todo se pierde.

Los internacionalistas comprenden esto bien, y por lo mismo dirigen todos sus esfuerzos á arrancar la fé del alma y la moral del corazón del pobre. Esta es la mina: la contramina la dejó el propio Voltaire cuando dijo: «Si esas gentes, las del pueblo bajo, son pacíficas y honradas, lo deben á sus ideas religiosas; el dia en que se pierdan, se convertirán en bestias feroces prontas á despedazarnos.» Tal es el problema. ¡Ay del mundo si se resuelve mal!

Ahora veamos los acuerdos de dicho congreso internacional, que todos pueden reducirse á cuatro, á saber:

1.º Guerra á la fe, que tantos obstáculos suscita á la propaganda socialista, por el respeto que inspira á la vida y á la propiedad.

2.º Guerra á la autoridad, que siendo el escudo de la civilizacion, se quiere que desaparezca para que el comunismo pueda aparecer.

3.º Guerra á la propiedad, como medio de halagar á los pobres, haciéndoles creer que se trata de hacerles ricos, cuando solo se piensa en convertirlos en ciegos instrumentos de execrables ambiciones.

4.º Para lograr este fin todo es lícito á quien sea internacionalista.

Esto explica el por qué se hacen tantos y tan entusiastas panegíricos de los incendiarios y asesinos de la Commune.

El que quiera tomarse la molestia de leer las actas de este congreso, que han publicado diferentes periódicos, se persuadirá de que estas cuatro conclusiones contienen, si nó toda la letra, al menos toda la esencia de los acuerdos tomados por los internacionalistas.

Hubo algunos oradores que quisieron hablar de política ó de derecho internacional; pero ¡tiempo perdido! Nadie los oía ni quería oírlos. Aquel auditorio no pensaba en fronteras, no se acordaba para nada de la república ni de la monarquía; lo único que la preocupaba era el deseo de preparar el asalto á la riqueza. Todas las demas cuestiones eran incidentales, y como tales, ó se relegaban al olvido, ó se trataban con profunda indiferencia.

Se clamaba contra la monarquía, y nadie hacia caso. Se gritaba en favor de la república, y los gritos no tenían eco. Por el contrario, se hablaba de los ricos, de los pobres, de lo que llamaban el trabajo, como palabra convencional, y al momento se inflamaba materialmente el auditorio. ¡Cuánto revela esto! ¿Cuándo acabarán de convencerse los hombres políticos de que la cuestion no es ya política, sino social? Los propios internacionalistas han confesado ya, que sus predicaciones son para el orden social lo que el agua regia para el oro, que lo disgrega y lo destruye.

La *Internacional*, pues, ese que podemos llamar *punto negro* de la sociedad moderna, prosigue infatigable sus trabajos demoledores. Nada la detiene ni coarta sus infames aspiraciones. Agena á las cuestiones políticas, aprovecha, sin embargo, la confusion que estas producen para hacerse olvidar, continuando en el misterio su obra antisocial con fria tranquilidad.

Los internacionalistas de toda Europa trabajan sin descanso, pero puede acaso asegurarse que en ninguna de las naciones muestran mas ardor los sectarios de la *Internacional* que España. Neófitos del cosmopolitismo social, marchan los internacionalistas españoles casi á la cabeza de todos, y sus colegas de los demas paises les consideran cual un padre puede considerar al hijo que mas progresa, y de quien mas espera en el porvenir.

Esto es lo que se deduce de las pocas noticias que llegan hasta nosotros de los misteriosos actos de aquella asociacion, y que vienen á ser como burbujas que saliendo á la superficie denuncian un fondo corrompido.

Casi desapercibido pasa un acto que tiene incontestablemente una importancia inmensa. La *Internacional* ha celebrado el dia 10 de este mes en Lóndres una reunion de presidentes de region, con el objeto de saber de una manera definitiva el número de afiliados que hay en cada país. Es decir, que su amenaza va á cumplirse; que la *Internacional* va á contarse.

Sí, va á contarse, como se cuentan los ejércitos antes de entrar en campaña, como el hombre se cerciora de sus fuerzas antes de empezar la lucha.

Pero á mas de la trascendencia que este acto lleva en sí para todos los países, es aun mas grave para nosotros que, segun datos fidedignos que encontramos en los periódicos extranjeros, se confie en los internacionales españoles, como los mas decididos y dispuestos, para iniciar el movimiento el dia terrible en que se cuente con fuerzas suficientes para llevar á cabo su plan de exterminio.

En confirmacion de esto y de la importancia que en nuestra pátria ha adquirido la *Internacional*, dice-se que la Junta de presidentes regionales celebrada en Lóndres, ha sido presidida por un español.

No es que temamos al triunfo de los sectarios del *petróleo*. La fuerza bruta, las bajas pasiones y miserables instintos no pueden triunfar contra la sociedad entera con todos sus sagrados intereses, y que lleva consigo la razon, la justicia, la ilustracion y la ley.

La *Internacional* caerá como ha caido en Paris; pero entre tanto motivará terribles dias de luto y de desolacion para la pátria, si continuamos á merced de gobiernos que miren con punible indiferencia y frialdad tan candente cuestion. Entiéndase bien para que luego no se estrañen las terribles consecuencias que sobrevengan: ó el Gobierno del país toma medidas previsoras y fuertes contra las acechanzas de la *Internacional*, ó pronto, muy pronto, ha de pasar nuestra querida pátria por dolorosas pruebas que dejen una honda huella de sangre y de ruinas.

Esta cuestion, diremos con una publicacion del dia, que entraña la vida ó la muerte de la civilizacion moderna, está próxima á resolverse; y el país espera con ansia saber lo que piensa hacer el Gobierno para atajar los males inmensos, con que amenazan á lo que hay de mas sagrado en los pueblos los perversos afiliados en la *Internacional*.

Su grito de guerra es muera el capital. Como su principal obstáculo se encuentra en la clase media, que está en contacto inmediato con el trabajador, la clase media es el objeto preferente de sus odios.

Como suponen con harto fundamento que todos los Gobiernos se han de oponer á sus planes con el apoyo de la fuerza pública, no quieren ni ejército, ni milicia, ni gobierno.

Como están viendo que la verdadera religion y hasta las sectas rechazan sus principios, se declaran ateos.

Como ven en los ministros del culto hombres que no se dedican al trabajo manual y viven de sus rentas, decretan la abolicion de todo culto.

Como el derecho de herencia supone el derecho de propiedad, suprimen la herencia.

Como el matrimonio es la base de la familia, y la familia no puede subsistir sin religion ni propiedad, suprimen el matrimonio.

Como la patria es una especie de familia social con las desigualdades consiguientes al mejor ó peor gobierno, suprimen la patria y detestan el patriotismo.

En una palabra; todo cuanto se oponga á la emancipacion completa del obrero, todo queda suprimido. Y como los obreros, los que viven del trabajo de sus manos son los mas, y son absolutamente indispensables para la produccion de la riqueza, si la sociedad *Internacional* se extiende y generaliza, la consecucion de sus fines, el logro de su objeto, por espantoso y quimérico que parezca, está conseguido.

Pues bien, dícese, no sabemos con

qué fundamento, que la *Internacional* cuenta ya siete millones de afiliados, á millon por año. Pero aunque esta cifra no fuese exacta, no puede dudarse, pues los enemigos mismos de la asociacion lo confiesan, que su progreso es terriblemente rápido.

Ya lo hemos visto en París, y eso que la revolucion comunista parisiense ha sido un aborto. Ya estamos viendo que los *internacionales*, lejos de acobardarse, se han envalentonado con el triunfo moral de su primera tentativa. Y por último, en corroboracion de todo lo dicho, léanse y meditense las siguientes palabras, que salen de los labios de un enemigo caracterizado de la *Internacional*: «clase media y capitalistas, vuestros dias están contados: á vosotros os toca vigilar, y sobre todo, meditarlo. Ya es hora.»

M. S.

EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS.

La Iglesia católica, siguiendo las huellas que viene marcando la tradicion de diez y nueve siglos, confiere á los niños el bautismo en los primeros dias despues de su nacimiento. Esta práctica de nuestra Iglesia católica ha sido y es hoy fuertemente combatida por la escuela protestante. Quiere esta secta, que los niños no sean bautizados hasta la edad en que puedan conocer y discernir nuestros artículos de fe y formar juicio sobre nuestros dogmas y nuestra cristiana moral. ¿Qué razon de ser tiene esta exi-

gencia de los reformadores? ¿En qué se funda? Veámoslo.

Ante todo es conveniente recordar que los protestantes al combatir nuestra práctica de bautizar á los niños recién nacidos, son consecuentes con su sistema, están á la altura de los principios sobre que iniciaron su reforma. Una vez sentado el principio de que la fe en el individuo, la fe personal es lo que justifica al hombre, viéronse en la precision de negar todos los medios de justificacion, que Jesucristo nos dejó; rechazaron los sacramentos afirmando que solo podrán ser ceremonias estériles, en las que ni habrá fuerza, ni poder, ni virtud para renovar al hombre confiriéndole la santidad.

Y á pesar de las muchas reuniones que las diferentes sectas provocaron para entenderse en asunto de tanto interés, nunca llegaron á convenir ni en el número de sacramentos que debian admitir ni en los efectos de estos mismos sacramentos, concluyendo por reducir aun el mismo Bautismo á una ceremonia desnuda y del todo indiferente.

La escuela protestante, que así procedió, no ha consultado mas que su espíritu de docta; no ha seguido las pisadas que la Iglesia de J. C. viene marcando desde la mas remota antigüedad, desde los siglos apostólicos: y los protestantes, que blasonan de adhesion á los siglos primitivos y que fundaron la reforma segun dicen, en las corruptelas que la Iglesia introdujo en las doctrinas del Evangelio, debieron tener presente que la Iglesia desde los tiempos primitivos creyó como muy conveniente bautizar á los niños en los primeros años, y aun en los primeros dias despues de su nacimiento.

Aquellas palabras que Jesucristo dirigió á Nicodemus, »El que no renace

por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos,» la Iglesia siempre las interpreta en el sentido de que era preciso que todo hombre fuera bautizado para recibir la gracia de la salvacion, y leyó en estas palabras la condicion precisa, indispensable, para que á los niños les fuera perdonada la culpa original. Así es que á pesar de las antiguas disposiciones de la Iglesia, en que mandaba que solo se confiriese el Bautismo á los Catecúmenos en las pascuas de Resurreccion y Pentecostés, se hizo siempre una excepcion en favor de los niños enfermos, para que se les diese el Bautismo á toda hora en que sus padres lo pidieran y aun para los adultos en tiempo de guerra, de peste, de larga navegacion ó en otros graves peligros. Ha hecho mas la Iglesia, ha permitido que poco á poco quedase abolido el Bautismo solemne, como de hecho quedó abolido en el siglo doce ó trece, para evitar á los niños todo peligro de que muriesen sin el sacramento del Bautismo, único remedio contra el pecado original.

Aparte de las inscripciones y lápidas encontradas en los cementerios de Roma, especialmente la que se halló en el cementerio de Cástulo, y que prueba terminantemente la práctica apostólica de administrar el Bautismo á los niños aun recién nacidos, cito aquí dos solos testigos de esta práctica, á San Agustin y á Origenes, que vivia en el siglo II de la Iglesia. Este último dice, esponiendo la carta de San Pablo á los romanos, »La Iglesia ha recibido de los Apóstoles la práctica de conferir á los niños el Bautismo.» Y esta práctica, dice S. Agustin, »siempre la tuvo la Iglesia, siempre la conservó, le recibió de sus mayores y hasta hoy continúa la creencia.» Inferan los protestantes tan

admiradores de los primitivos siglos, la consecuencia de esta doctrina, y díganos si la Iglesia de J. C. creyó ó no creyó conveniente dar á los niños el Bautismo.

Que los niños al ser bautizados no están en disposicion de saber lo que reciben, no pueden formar juicio de la fe que han de profesar, ni de la moral que deberá ser la regla de sus acciones en todos los dias de su vida. Este es el escrúpulo que han visto los protestantes al conferir el Bautismo á los niños, escrúpulo que la Iglesia católica no vió en los diez y seis siglos de historia en que precede al protestantismo. Y tan fundado ha parecido este escrúpulo á la escuela protestante, que se decidió á no administrar á los niños este Sacramento hasta que lleguen á una edad en que puedan formar conciencia de lo que reciben.

Si para recibir el bautismo fuera necesario formar un juicio siquiera mediano de lo que por el Bautismo hemos de creer y de lo que en él nos obligamos solemnemente á practicar, dígasenos ¿á qué edad estará el hombre medianamente preparado para recibir este Sacramento? Si antes de recibirle debiéramos estudiar nuestra fé y los fundamentos históricos sobre que descansa, y los motivos de credibilidad; si debiéramos comparar nuestras creencias, con las de tantas sectas, que pretenden tener la verdadera fe, y resolver con datos positivos, que solo nuestra fe, es la fe católica, que Jesucristo nos enseñó cuándo estariamos regularmente instruidos para recibir el bautismo? la mitad del linage humano, que lo constituye la muger, alejada generalmente de los profundos estudios en religion, y los que por su especial posicion no están en condiciones de emprender el camino de las ciencias, ni conocen siquiera sus primeros rudimentos,

y por consiguiente fundan su fe en la palabra de sus padres, sus sacerdotes ó sus maestros, ¿estarán toda su vida en disposicion de recibir el sacramento del Bautismo?

Y los niños, que en gran parte mueren antes de entrar en los años de la direccion, sin que les sea posible por lo tanto tener fe personal, ni conciencia de lo que es el Santo Bautismo, quedarán sin duda alguna privados de este sacramento, que Jesucristo ha dicho ser necesario para renacer á la vida del Espíritu. Es mas razonable que la doctrina protestante, la doctrina de la Iglesia católica, que conserva la práctica apostólica de conceder el bautismo á los niños para que mediante este sacramento pertenezca á J. C. y tengan opcion á su eternal herencia.

Todos estos inconvenientes que se acaban de referir, salva la Iglesia confiriendo á los niños el Bautismo, y aunque á la vez impone al hombre las obligaciones que la moral y la fé cristiana envuelven; no son estas obligaciones tan ajenas á la condicion humana, que en el Bautismo el hombre se pudiera de ellas por completo eximir.

Se dice con frecuencia y se propala por todas partes, que el hombre es libre en materias de religion, y por consiguiente, que está en su facultad cambiar de fé cuando le plazca, ó adherirse á una religion ú otra. Esto no es verdad. El hombre al serlo, tiene ya el deber de vivir racionalmente, cual lo exigen las condiciones de su ser compuesto de espíritu y materia; lleva pues el hombre en su naturaleza el gérmen de la religion, ó debe negar que es una criatura formada por la bondad de su Criador.

Desde el momento que al hombre le sea significada la voluntad de Dios su Criador, tiene un deber imprescindible

de seguir sus inspiraciones, sin que le sea moralmente posible declinar la divina voluntad. Pues bien, la religion natural, que es la voluntad de Dios significada al primero de los hombres y cuyos dogmas estaban reducidos á la creencia de Dios y del divino reparador, y cuya moral, en armonia con la condicion del hombre, la grabó Dios en nuestro corazon imprimiendo en nosotros un destello de la divina razon, se trasformó en religion positiva en Moisés, desenvolviendo mas sus dogmas y escribiendo en tablas de piedra la ley antes escrita en nuestro corazon, y llegó por último á su perfeccion en J. C. que completó la revelacion, dictó en el Evangelio su moral y fundó una autoridad, Vicegerente legitimo é infalible, que custodiara escrupulosamente, y para bien del hombre este depósito sagrado. Y no obrára racionalmente el hombre, sino guardando la ley de J. C. que es la ley de Moisés, que es la ley racional que habló Dios al hombre en el día primero de su creacion.

No es lícito al hombre, no está en su poder, no depende de su libertad moral variar de culto, de religion, adhiriéndose indiferentemente á cualquiera de las sectas. Solo será lícito al hombre, y además será un deber de conciencia, cambiar de religion y aceptar la verdadera, desde el momento en que haya adquirido una conviccion bien fundada de que su religion no es la que enseñó J. C. y predicaron los Apóstoles.

Convencida la Iglesia, y teniendo pruebas palpables y evidentes, de que ella sola posee el Evangelio verdadero, la verdadera fé de J. C. no duda en bautizar á los niños inscribir sus nombres entre los adeptos á J. C. y obligarlos con este acto á profesar sus creencias y á seguir las reglas de su divina moral.

Cree la Iglesia, y su creencia tiene por fundamento la tradicion de diez y nueve siglos, que profesar la fé cristiana y practicar su divina moral, en vez de ser un yugo, un enorme peso, es un gran bien, una dicha suma, es levantar al hombre de la postracion original, y colocarle á la altura, donde J. C. elevó á la humanidad regenerada. Y aun cuando por conseguir este gran bien, se le exigiera á la criatura un sacrificio en verdad costoso, siempre seria racional y conveniente imponérselo, en cambio de la felicidad suma que tal sacrificio le proporciona. Hacerlo de otro modo, no seria racional, seria no interpretar con rectitud la voluntad y la libertad humana.

Aun las leyes están basadas sobre el mismo criterio. En ningun caso dan por bien hecho lo que los tutores ó curadores han hecho en perjuicio del menor, pero cuando se trata de favorecer al menor ó á un niño con herencias ó donaciones, interpretando rectamente su voluntad, la ley le declara heredero y hace dueño de los bienes del padre al inconsciente niño, y coloca en sus manos la herencia depositada en las de su tutor ó curador.

Justo y conveniente bajo todos conceptos es que la Iglesia suscriba á los niños en el número de los hijos, los incorpore á J. C. mediante el Bautismo y los ligue con los lazos de una fe y una moral que tan bellos resultados da al hombre en el orden espiritual y temporal.

C. Quiles.

El presidente de la república del Ecuador ha dirigido al congreso un mensaje digno de estudio y aten-

cion, del cual transcribimos los mas notables periodos:

«Honorable senadores y diputados: Postrados humildemente ante Dios, demosle gracias por las bendiciones que ha derramado sin cesar sobre el Ecuador desde que, consecuentes con nuestra creencia, dimos á la reforma de nuestras instituciones politicas la sólida base de la Religion católica.

«Aunque estoy convencido de que no debemos abandonar jamás la politica modesta y circumspecta que conviene á un Estado naciente y débil, tuve que cumplir el imperioso deber de jefe católico de un pueblo esencialmente católico, cuando se supo que las tropas italianas se habian apoderado de Roma. Si el último de los ecuatorianos hubiese sido vejado en su persona ó en sus bienes por el mas poderoso de los gobiernos, habriamos protestado altamente contra este abuso de la fuerza, como el único medio que les queda á los Estados pequeños para no autorizar la injusticia con la humillante complicidad del silencio.

No podia, pues, callar cuando la usurpacion del dominio temporal de la Santa Sede, y la consiguiente destruccion de su libertad é independencia en el ejercicio de su mision divina, habian violado el derecho, no de uno, sino de todos los ecuatorianos, y el derecho mas elevado y mas precioso, el derecho de su conciencia y de su fé religiosa.

No dudo, por tanto, que os servireis aprobar la protesta de este Gobierno contra la injusta ocupacion de Roma, protesta que ha obtenido ya la aprobacion de nuestro augusto Pontífice y de todos los católicos sinceros del antiguo mundo.

«Merced á estos bienes inestimables,

ha podido ella realizar grandes y rápidos progresos. La libertad de que goza la Iglesia por el Concordato y por la Constitucion, asi como el celo y la piedad de sus ilustres y venerables Prelados, van introduciendo la reforma gradual del clero, y con ella la mejora de las costumbres, atestiguada por el decrecimiento de la embriaguez y la considerable disminucion de los delitos. La reciente ereccion de la nueva diócesis de Manabí y Esmeraldas, y las virtudes de su primer Pastor, estenderán en esas provincias, anteriormente menos favorecidas, la influencia salvadora del catolicismo!

«Las misiones orientales, encargadas á virtuosos sacerdotes de la Compañía de Jesus, van comenzando á introducir la civilizacion entre las hordas salvajes que ocupan una de las porciones más ricas de nuestro territorio. Solo una tribu, la de los jibaros, pérfidos asesinos y antropófagos, no da todavía esperanzas de reducirse; como lo manifiestan los horribles y frecuentes asesinatos cometidos en Gualaquiza; y tal vez no está lejos el dia en que tengamos que perseguirla en masa á mano armada, para ahuyentarla de nuestro suelo y trasladarla y diseminarla en nuestras costas, dejando libres á la colonizacion aquellas fértiles é incultas comarcas. Para estas y para otras partes despobladas de nuestro territorio obtendremos en breve una inmigracion de alemanes católicos, si dais al gobierno la autorizacion y los fondos suficientes.»

Por no cansar á nuestros lectores y dejar espacio para otras noticias que revelan el gran movimiento católico que hay en todo el mundo, no hemos insertado íntegro aquel documento, elocuentísimo por sí

mismo para demostrar la diferencia que existirá siempre entre un estado católico y otro ateo, en el camino del verdadero progreso, cual es, la extinción del vicio y la práctica de las virtudes cristianas.

MENSAJE.

La vispera de la suspensión de las sesiones de la Asamblea francesa, los diputados católicos redactaron y firmaron un mensaje al Papa, que dice así:

“Santísimo Padre:”

Los infrascritos, miembros de la Asamblea nacional de Francia, en el momento de separarse por algunas semanas, ante de un porvenir desconocido, quieren tener el honor de depositar á los piés de Vuestra Santidad, con el homenaje de su profundo respeto, la expresión de sus sentimientos de fidelidad, de devoción, de fé católica.

Protestan con toda su alma y quisieran que el Gobierno de su país protestase por medio de una acción diplomática perseverante, contra las usurpaciones sacrilegas de Italia en daño de la Santa Sede. En su sentir, todas las potencias interesadas en la santa independencia de la Iglesia, deben protegerla, y su concurso sería la garantía pacífica de esta independencia.

Afirman con mas energía que nunca el derecho inviolable de Vuestra Santidad á la monarquía pontificia, obra de Dios, por mano de los francos, cuya monarquía es hoy como ayer el símbolo del reino espiritual de Jesucristo, y la prenda necesaria de la libertad de las conciencias católicas.

Crean firmemente en el privilegio de infalibilidad que jamás ha cesado de pertenecer á Pedro, en la persona de sus sucesores, y que acaba de proclamar gloriosamente la Iglesia universal por boca de sus Obispos. Profesan, por consiguiente, una adhesión absoluta á la

autoridad doctrinal de las Encíclicas, sobre las relaciones esenciales de la sociedad civil con la sociedad religiosa.

Están profundamente convencidos de que la revolución, en sus diversas formas, es la gran enemiga de la Iglesia y de la humanidad. Están resueltas á combatirla, con la ayuda de Dios, siempre y en todas partes, con toda la energía de su inteligencia y su voluntad.

Esperan, como la única esperanza del porvenir, el reconocimiento, por parte de la sociedad civil, de la plena libertad docente de la Iglesia católica apostólica romana, madre y bienhechora de los pueblos.

Suplican, por último, á Vuestra Santidad, que bendiga sus pensamientos, sus trabajos, sus resoluciones, y que prosiga orando con paternal caridad por Francia, su cara é infortunada patria para que vuelva á la luz divina, á la concordia y á la paz.

Se complacen en llamarse, Santísimo Padre; de Vuestra Santidad, humildísimos, obedientísimos y amantísimos hijos.”

(Siguen las firmas).

El mensaje transcrito fué firmado solamente por 46 diputados, porque muchos de los católicos se habian ausentado ya de Versalles cuando se escribió. Posteriormente se habrán adherido á él todos.

VARIEDADES.

¡ Á DIOS !

POESIA.

¡Oh, tu, Dios de los cielos y la tierra!
¡Dios inmortal, Dios grande y poderoso!
De tu voz el imperio al mundo aterra,
Siendo como eres grande y generoso.
Tu calmas los furoros de la guerra,
Castiga tu poder al envidioso;
Y tu piadosa mano creadora
Le tiendes al cristiano que te adora.

—
Con solo tu poder hiciste un dia
Los rayos de ese Sol tan encendido,

Y el mundo que en tinieblas se envolvía
Del mísero mortal desconocido,
Alumbraron sus rayos á porfía
Llegando hasta el rincón mas escondido;
Y tú, Dios de bondad y de ventura,
Hiciste de «la nada» la criatura.

Yo admiro tu poder y tu grandeza;
Y en ese ardiente Sol, ver me imagino
Un destello, Señor, de tu belleza,
Admirable cual tú, cual tú *divino*.
De la sin par natura la riqueza,
La gloria, la opinión... todo es mezquino,
Que no hay gloria en el mundo que se
(iguale
A tu gloria, Señor, que cielos vale.

Pregona el ancho mar la tu existencia,
Y tu poder el alto firmamento,
Por doquiera se vé tu providencia:
Tu nombre entre sus pliegues lleva el
(viento

Y se respira en todo tu presencia.
Tú le distes al hombre el pensamiento,
Le diste la razón, y el fuego santo
Me diste á mí, con que tu gloria canto.

Tú diriges del águila atrevida
El imponente vuelo: tú alimentas
Al miserable insecto que se anida
Cabe la flor, que con afán sustentas.
A todo cuanto existe le das vida.
Sobre la tempestad tu trono asientas,
Y de las cosas que el mortal no sabe
Tú tan solo, Señor, tienes la llave.

La montaña que altiva se levanta
A tí debe su aspecto magestuoso.
El ruiseñor que en la enramada canta
A tí debe su canto deleitoso.
El trueno aterrador que al mundo es-
(panta,
El rayo, el cefirillo delicioso.
La tormenta que ruge embravecida,
Tienen su asiento en tí, tú eres su vida.

Si la razón del hombre se rebela
A impulsos de su loca fantasía;
Si vivir en el mal tan solo anhela,
Y tu nombre y poder olvida un día,
Inquieto vive y doquier recela
De la muerte sentir la mano fría;

Y aunque diga «no creo» en su despecho,
La fé, turba los sueños de su lecho.

Así el mortal cruzando su existencia
Apartado de tí su pensamiento,
¡Cuántas veces implora tu clemencia!
A tí recurre en su postrer aliento,
Y es qué, entónces él vé la Omnipotencia,
Y amarte quiere con amor sediento;
Su alma vé los engaños de la vida
Y ante tí se contempla envilecida.

Entonces de la vida pasajera
Las páginas recorre delirante;
La muerte avanza en derredor lijera
Y acecha su mirada vacilante;
Descarga la segur impía y fiera,
Y del pecho movido y anhelante
Sale un eco que frío y moribundo,
La gloria ensalza del Señor del mundo.

M. Llorente y Marbeuf.

Elche y Octubre 71.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la iglesia Colegial misa conventual á las nueve y cuarto, y por la tarde á las cuatro y media, dará principio el solemne novenario en honor del arcángel S. Rafael, en el que predicará todos los días, D. Francisco de Paula Maruri, pbro. En la parroquia de Santa María la misa conventual á las nueve. En la ayuda parroquia de Nuestra Señora de Gracia también empieza la novena de S. Rafael al toque de oraciones.

Martes.—En la Colegial la misa mayor á la hora de costumbre, con sermón que predicará el referido presbítero señor Maruri. En las monjas Agustinas la misa de renovación á las ocho.

Jueves.—En las monjas Capuchinas la misa de renovación á las siete menos cuarto, y por la tarde el trisagio á las tres y media.

Viernes.—En la Colegial á las nueve y media misa de la vigilia de los Santos Apóstoles Simón y Judas.

Sábado.—En la misma iglesia la misa de renovación á las ocho.